

CIUDAD DE LOS HOMBRES

A Juan Navlet.

*Pasan hombres. Los turbios
hombres que solos hablan
quejidos entre dientes,
dolor en las entrañas.
Llevan sello en la frente
de dichas o desgracias.
tienen inconfundibles
señales en las caras.
Andan aires podridos
en medio de nostalgias.
No pueden con problemas
que solucionan lágrimas.
Triste ciudad de hombres,
de estos hombres que pasan
como los ríos vidas
llenas de sucias aguas.
Da pena verlos siempre
pasar, tarde y mañana,
murmurando su vida,
masticándose el alma.*

JESUS DELGADO VALHONDO

UN MAESTRO DE LA NOVELA GALANTE

CAPITULO PRIMERO

FELIPE TRIGO, EL EXTREMEÑO



A novela española del siglo XIX sigue la pauta realista a lo largo de Palacio Valdés, «Clarín», Pedro Antonio de Alarcón, Vicente Blasco Ibáñez, la Pardo Bazán...

El maestro por antonomasia es Pérez Galdós. En el mundo literario imperaban los Balzac, Flaubert, Zola, Guy de Maupassant... De París, llegaba la moda literaria.

Después han cambiado las tornas. Se han impuesto vencedores Liam O'Flaherty, William Faulkner, John Steinbeck, Ernest Hemingway y otros varios, como modelos de nuestra juventud literaria. De Francia ha pasado la dirección novelística a los Estados Unidos, como la multitud más imperante. Lo que sorprende al pudibundo lector es que en vez de aminorarse la galantería gala, se ha ido acentuando en estas producciones hasta la morbosidad. Nada nos asusta; pero este premio Nobel amigo nuestro, amigo de las corridas de toros y del sanfermín de Pamplona, Hemingway, entre magníficas novelas, ha escrito «Suenan las campanas», como testigo de la cruzada desde el Guadarrama, novela de una crudeza de mal gusto; hasta el punto de que se oculta, al pasar por nuestra tierra, como el consabido Guadiana. Las cosas tienen la importancia que se les quiere dar.

De esta novelística descarnada están llenos los escaparates de las librerías, y, sin embargo, se hacen remilgos de nuestras novelas galantes, a veces con razón. Fue una modalidad efímera que nos parecía escandalosa, insuperable, y desapareció pronto, como desaparece un sarpuellido.

Eugenio G. de Nora ha publicado en su reciente obra «La novela española contemporánea», un extenso capítulo dedicado a estudiar la olvidada literatura erótica. Considera a Blasco Ibáñez, Eduardo Zamacois (acaba de salir una edición de sus obras completas) y Felipe Trigo «los goznes (precursores de un nuevo espíritu tanto como «epigonos» del que declina) sobre los que gira en esos años la novela española».

Felipe Trigo tuvo sus discípulos: Pedro Mata, Alberto Insua (que reniega de esta primera época), Antonio de Hoyos, etc., etc... que sólo imitaron del maestro, como sucede con frecuencia, la parte más falsa. En cambio, el novelista extremeño ha dejado una obra imperecedera por su valor artístico, en que la parte deleznable representa una de esas manchas que oscurecen el rostro femenino de una belleza extraordinaria: un espejo de lunar feucho.

Nora nos cuenta que, Felipe Trigo, nació en Badajoz en 1865, cuando es más cierto que vio la luz el 13 de Febrero de 1864, en Villanueva de la Serena. Su padre, ingeniero, tal vez fuera allí a estudiar el proyecto del ferrocarril de Villanueva Guadalupe o a cuestiones de minería. No lo sé. El hecho es que murió joven, que su

viuda se trasladó a Vera del Castillo, donde tenía parientes (Trigo camufla los nombres) para venirse a Badajoz, donde falleció al poco tiempo la madre del futuro novelista.

Quedó, aún niño, a vivir con su tía y sus primos en la casa de la calle de San Juan (de los comercios), que linda con la iglesia de la Concepción. Estudió el bachillerato. Hizo la carrera de médico en San Carlos, que terminó ya casado con una extremeña. Ejerció la medicina en Trujillanos y Valverde de Mérida. Ganó las oposiciones a médico titular y después de servir en Sevilla y Oviedo fué destinado a Filipinas. En una de las sublevaciones de los tagalos en Mindanao, recibió unos machetazos, y de regreso a la península pasó al Cuerpo de Inválidos.

Con sus hijos, Felipe Trigo eligió su residencia en Mérida, y él, que había sido ya periodista en Madrid y en Manila, se entregó de lleno a educar a su prole y a escribir novelas. Publicó «Las Ingenuas», que imprimió por su cuenta en una tipografía emeritense y produjo un triunfo de crítica y de público estupendo. Ya trasladado a la Corte, donde pasó unas horas con él y Villaespesa, cada seis meses daba a la luz una novela — su producción es copiosa —, y las ediciones sucedíanse con inusitado éxito. No así sus imitadores, cuyas novelas apenas circulaban; porque los aficionados a estas lecturas no buscaban lo feo sino lo artístico.

Unamuno discutió con Felipe Trigo sobre ideas estéticas. El novelista defendió su tesis en la tribuna del Ateneo de Madrid. Se proclamó su obra como «la manifestación de un espíritu nuevo de las letras castellanas». Lo comparaban con Pío Baroja. Angel Balbuena lo consideraba como una potente y extraña personalidad. Otro crítico universitario y Manuel Abril y Cejador ¡el inclito Cejador!, afirmaban que la obra de Trigo tenía más de eterno que de efímero.

Sus elementos novelísticos son valiosos. El más interesante para nosotros es el autobiográfico. Se puede ir separando con cuidado esta trama vivida de sus novelas que completan su figura humana. «En camisa rosa», escribe su niñez y sus estudios en el Instituto Provincial de Badajoz. En «La carrera», sus años en San Carlos. «El médico rural» es su visión de médico en Trujillanos y Valverde de Mérida. En «Las Ingenuas» sus episodios en Filipinas...

Es maestro en la intriga y ordenación de escenas. Domina como el mejor novelista, las descripciones de tipos humanos, de interiores y paisajes. Su prosa, a ratos, enrevesada a lo «dannunciano», es otras veces clara, apropiada a cada actor para dar más realidad o intensidad a sus escenas, gradualmente preparadas. Y es curioso observar que donde flaquean sus armas artísticas, es en los pasajes amorosos descarnados que lindan con parcelas prohibidas por el decoro. El novelista considera imprescindible ponerlas de relieve, para ejemplo de los males sociales en defensa de la ética y de la tesis que defiende. Se ve por los soliloquios y peroraciones, la falsedad en que se apoyan, la falta absoluta de sentido y de emoción. El rotundo éxito sin duda perjudicó su labor. El gran novelista no pudo aislarse por completo de aquellos fondos literarios del Madrid de Villaespesa y compañía. Pensar que aquel niño tímido y religioso que vestía altares en su casa de la calle de San Juan terminó en un momento de locura, como Larra, dándose un pistolazo en la sien.

SUS AÑOS INFANTILES

Decíamos que de niño vive Felipe Trigo en Badajoz, con su tía y primos, en la casa de la calle de San Juan, lindera a la iglesia de la Concepción, cuyas campanadas no olvidará el novelista. Pasado el zaguán y el largo pasillo, se llegaba al patio con aljibe y dos limoneros, donde jugaba con los amiguitos de la vecindad. Le violentaban las acrobacias y saltos peligrosos en presencia de su prima Luz y de su amiga Florencia. Le llamaban «mariquita», obligándole a ejercicios arriesgados. Una vez le empujaron desde los diez peldaños de la escalera y se torció un pié. Se refu-

giaba en la azotea, solo, llorando burlas y fracasos, atenazado por el recuerdo de su madre.

Huérfano desde pequeño, corría su infancia, entre el luto y la estrechez, en el aislamiento, lleno de miedos y ternuras de una madre acobardada. Era bueno, reflexivo, noble, porque no había podido ser de otra manera. Preso materialmente en una adorada cárcel de pudores y cariños, su inmensa libertad de solitario fantasista, le hizo concebir un mundo de ilusiones, de bellezas, de lirismos...

Su prima Luz, que en el pueblo le enseñaba las letras y el catecismo, en Badajoz habíase independizado. Lo dirigía con cariño. Los domingos, limpia como para presentarse ante la Virgen, «me llevaban a la iglesia aldeana delante de mi madre, y, del fervor de ambas yo aprendía a estar toda la misa de rodillas». Prefería ahora jugar dentro de su casa en la ciudad. En el piso principal los tres jugaban a las lonjas, a las novenas. El pequeño Felipe confeccionaba hábilmente pesos de cáscaras de nuez, mesas y altares.

En las siestas calurosas, en el patio, chillaban los murciélagos por el aire; algún gato se asomaba a las cornisas; oíase rezar en la iglesia vecina; risotadas de las criadas que desde la galería, ligeras de ropa, increpaban a Felipe. La canción en corro de las demás niñas alrededor del pozo subía hasta la azotea:

Me casó mi madre

Me casó mi madre

Chiquitita y bonita

Ay, ay, ay,

Chiquitita y bonita

Tampoco olvida Trigo, en sus estancias familiares, la visita de doña Adelaida o Adelaida, cuando en sus rodillas esperaba la llegada de su tía Ascensión, besuqueándole demasiado. Se paseaban entonces la gente en la plaza de San Andrés, el suelo terroso, parecía un tobogán. Los días festivos, tocaba en el templete una charanga militar. Su prima Luz hablaba con un jovencito elegante; recibía cartitas en el paseo y convenció a Trigo a ponerse en relaciones con su amiga Florencia; así podían pasear los cuatro juntos como amigos. Al oscurecer reuníanse en la calle embaldosada de San Juan, a visitar comercios y a ver a los muchachos.

Con algunas otras escenas poco edificantes que sorprendía la curiosidad infantil; sus andanzas de travesuras con los amigos de colegio, por calles apartadas, rijo-sas; conversaciones libres de la gente y malicias sensuales, fueron desvelando, con alguna que otra sorpresa violenta, los albos cendales de su candoridad. Aquel paraíso infantil, sin deberes ni pecados, fué borrando, poco a poco, en la degradación de una vida sórdida.

Felipe Trigo, después, en sus novelas, aderezará estos recuerdos imborrables de niño con anécdotas picantes y graciosas; pero ya el joven imberbe pasa a ser el estudiante de bachillerato del Instituto Provincial de Badajoz; un mundo nuevo de otros amigos, de profesores y bedel, donde le sucedieron cosas de la juventud, descubriendo los bajos fondos del vivir provinciano que tampoco olvidará nunca.

CAPITULO SEGUNDO

EL BACHILLER FELIPE TRIGO

A los diez años, en 27 de Agosto de 1873, Felipe Trigo solicita del director del Instituto Provincial de Badajoz, examen de ingreso para el siguiente mes de Septiem-

bre. Ante el tribunal contestó, en doctrina: los artículos de la fe; dones del Espíritu Santo, y virtudes que hemos de tener. En gramática: las partes de la oración. En escritura: «la mejor edad es la infancia; la más distraída, la juventud». Y, en aritmética, una multiplicación: $42718 \times 4 = 170872$. Se llamaba a este examen de «Instrucción primaria».

En el curso de 1873 a 1874, por enseñanza oficial el 25 de Junio, aprobó el primero de latín y castellano. Felipe Trigo sufrió una decepción en este nuevo ambiente. El profesor de matemáticas, un viejo marrullero, andaluz, preguntó a Camello, el bedel, que quién era aquel niño que parecía un *quinqué* por el bombacho y el cinturón sobre el vuelo de la blusa, como una pantalla. A su vez, Camello, llamaba al anciano profesor, «Tagarnina», sin duda por las que fumaba. Le había gritado a Trigo por una falta ¡Pelón! ¡Camueso!, poniéndole el remoquete de *el banderillero*, que le duró todo el año. El nuevo pantalón de Felipito, le llegaba hasta las botas. Con frecuencia se pegaba con cuatro o seis alumnos. En su cuarto de estudio, entre «musa musae» le quitaba el sueño un tal Maquilla, por su estatura y su fama de penden-ciero.

El Instituto era un caserón – antiguo convento franciscano – con patios sombríos, arcadas y unas aulas de bóveda, como celdas. Felipe recordaba los juegos pasados con su prima Luz y su amiguita Ascensión. Badajoz era un poblacho rodeado de murallas. De noche los faroles de petróleo, de largo en largo, alumbraban las calles empedradas con rollos del Guadiana, y, los serenos, en voz alta, cantaban el ¡Ave María Purísima!... ¡Las doce y media y nublado!

Recordaba el año que llevó junto a la Virgen su vela, vestido con un traje de terciopelo que cruzaba una banda azul, con bucles hasta los hombros, la melena rubia, «rodeado por un blanco encaje el negro escote de la blusa», todo lo cual «aumentaba mi esplendor de muchachote guapo» «muy guapo, según las amigas de mi tía».

El primero y el segundo mes, lo pasó en el antiguo convento de la calle del Obispo, observando cómo en una urgencia de adaptación al nuevo ambiente. Sufrió su ingenuo corazón viendo el teje y maneje de algunos profesores, al burlarse de los discípulos, poniéndoles motes, riéndose de sus vestidos. Sintió la áspera necesidad de los constantes puñetazos, en los que salía malparado.

No tardó en enterarse que lo que importaba en el Instituto no era ni aprender ni estudiar, sino saber travesuras, pillerías y engaños. Algunos que para sostenerse buscaban empleos: entregábanse de corazón a los libros, y, los que acertaron o no a recitar las lecciones, después de repartir coces y desaires, eran los prohombres.

En una de sus novelas nos contará después que, antes de terciar el curso, tenía definitivamente hecha su opinión y su reputación. «Me burlaba y apedreaba a los mendigos tontos: Bonifacio, Charete, Rigodón... jugaba al billar en el café de Rivas, y en los demás días me iba a coger carámbanos a Rivilla, a cazar lagartijas en San Andrés, sin perjuicio de comentar las entradas y salidas de los sargentos de casa de la Paca; a ver pasar el encierro por la poterna de la muralla... en vez de ir a aquellas clases en cuya yerta lobreguez espiritual y material, el alma, los pies y las manos se me helaban...». Lo único que no se atrevió a imitar era a mofarse de los curas, de los canónigos – como hacían otros –, que tomaban también el sol en San Andrés.

Las purezas, las delicadezas, las ternuras y las ansias por lo noble y delicado, se defendían heroicamente en su interior «Sé bueno y estudia; estudia, hijo mío, para que llegues a ser un hombre de provecho, lo mismo que tu padre».

Felipe solicitó examinarse en el «extraordinario de Octubre» de aquel año y lo suspendieron en «Historia de España», en «Geografía» y en segundo año de «Latín» y «Castellano». Lleno de remordimientos trató de enmendarse y procuró cumplir los consejos maternos. En 1875, en «Geografía» obtuvo la calificación de «notablemente aprobado». Tenía once años y habitaba con su tía en el piso principal del número 44 de la calle de San Juan. En Junio del siguiente curso, obtiene la nota de «nota-



ALBUM EXTREMEÑO. – Plasencia: Fachada Norte del Palacio de los Marqueses de Mirabel, con el pasadizo llamado «Cañón».

(Foto Javier).

blemente aprobado» en segundo de «Latín» y «Castellano», en «Historia de España» y en «Historia Universal».

En esta aplicación influyeron también su tía y sus primos Pepe y Félix; salían fiadores en las solicitudes de Trigo al director del Instituto. Tengo a la vista una foto de su primo Félix, dedicada a su «mejor amigo», mi suegro después, «el Montero genial», que vivió noventa años. Félix es alto como Felipe, joven, delgado, de frente despejada que enmarca una cabellera peinada hacia atrás: con los brazos cruzados, larga americana ceñida, pantalón negro estrecho y altas botas de montar, parece un tenor o un actor imberbe de la época. Obligábanle a estudiar a Felipe con sus discípulos Pedro Gallardo, mancebo de botica, muchacho metódico y más formal que los otros. Paseaban por el campo; administraban los diez céntimos diarios que le daba su tía Ascensión; aprendió a fumar, a «tragarse el humo» escondidos en los fosos, de donde salía mareado; compraban un gran rábano en las huertas y se bebían al regreso una copa de aguardiente.

El capítulo de noviazgos, con su amigo, es extenso; pero eran novias decentes. Al oscurecer le acompañaba a Pedro a la sociedad «Orquesta Española», donde estudiaba el violín. La preferida de Felipe era Loló Teduchi. Por su modo de andar en San Andrés, le llamaban «La pajarita de las nieves». Iba derecha y espigada. Cuando estaba solo, Felipe no se atrevía a piropearla ni a decirle nada. Les escribieron sendas cartas Pedro y él a las dos hermanas, copiadas de un «Epistolario para damas y galanes»; pero se confundieron de dueña en el azoramiento del paseo. Se deshizo el error y terminó aquel noviazgo sin consecuencias, del que se enteraron su tía y sus primos.

En 1877, a los trece años, en Septiembre alcanzó un «notablemente aprobado» en «Aritmética y Álgebra» y la nota de «Bueno» en «Geometría y Trigonometría». En una de las dos solicitudes de exámenes extraordinarios, sale fiador su primo Félix, que dice vivir en la calle del Pozo, número 47. Y en otra, al año siguiente, en la calle de Santo Domingo, número 61. En «Historia Natural», en «Física y Química» y en «Retórica y Poética», alcanzó tres aprobados en Septiembre.

A los dieciséis años figura en una de sus matrículas con el nombre de Felipe Trigo Mora. En el mes de Junio tiene un «notable» en «Fisiología e Higiene», y un «aprobado» en «Agricultura». En Junio de 1880 obtuvo la nota de «Bueno» en «Sicología, Lógica y Ética».

Terminó la pesadilla de su encierro, ya más benigno por haberse habituado, en el viejo caserón frailuno. El 11 de Marzo de 1881 aprueba el primer ejercicio y al día siguiente el segundo del Grado de Bachiller, por mayoría. Los últimos tiempos de bachillerato pertenece Felipe Trigo a la trinca de camaradas capitaneados por el célebre Maguilla. Entre clase y clase juega al billar en una especie de sótano húmedo y oscuro del *señor Manolo*.

Otras escenas menos edificantes describe Trigo de las que realizaban los compañeros en las proximidades de los baluartes. Todas ellas reflejaban inquietudes morbosas en aquel ambiente aldeano, de ciudad fronteriza y de contrabando, con su Cabildo catedralicio, su guarnición y los carabineros en la raya portuguesa. Escasas eran las manifestaciones de arte que apenas llegaban a las aulas estudiantiles. Algún concierto en el «Casino de Señores», compañías de zarzuela en invierno; los bailes de carnaval, máscaras y las corridas de toros en la Feria de Agosto, con rejoneadores lusitanos.

Después de alguna barrabasada estudiantil, Felipe Trigo cargado de remordimientos sensuales se refugiaba en su soledad y hubo de confesarse, acogiéndose con nueva fe a la religión, «ya que no tenía una madre en cuyo cariño hubiese podido llorar sin decirle mis dolores». Desde entonces buscaba consuelo en sí mismo, en el limbo de idealidad insulsa que le formaban sus aficiones a estudiar, a pintar, a tocar el tímpano y a quedarse mirando las estrellas.

Descubrió un nuevo Badajoz. «En el frescor primaveral del alba, las desiertas

calles me parecían más amplias y más mías. Poco a poco cruzaban los arrieros, los hortelanos, y el camino del mercado en la Plaza Alta animábase de gentes que reían llevando al brazo las cestas de pescados y lechugas». «Subía a la Plaza. Circulaba entre los puestos». Compraba cerezas y azofaifas. Iba al paseo de San Andrés donde las comía y echábase un trago de agua, como el hielo, en una fuente: se fumaba su cigarro entretenido en ver a los perros jugar, en ver al jardinero regar... «y en cuanto el sol iba levantando recogíame en casa con mis libros y pinturas».

Recordaba sus estudios, sus exámenes. Nos habla tal vez con hipérbole de sus «sobresalientes» y de un «Premio de Honor», que no hemos visto en su expediente, y de un reloj que le regaló su tía, que tampoco vimos. Con más seguridad nos cuenta en su novela: «Quinto año. Y yo... diez y siete. Física. Química. En los demás tal cual de *notables*, de *aprobados* y algún *suspenso*».

No pierde Felipe Trigo un momento sin recordar alguna escena libre, con alguna de las criadas o el descubrimiento de un libro «verde» en la biblioteca de su primo Alfonso, un hombre muy serio y que ya era fiscal propietario de la Audiencia.

Se iniciaba en aquel tiempo su afición al periodismo. Un compañero suyo le propuso fundar un semanario y otro amigo deseaba hacerle pescador. Junto a las murallas, alquilaron a una vieja un cuartito que les costaba 2'50 al mes, y escotando cada uno diez o doce reales instalaron la *redacción* y la «Sociedad Vinícola», donde se emborrachaban. Motivo que aprovecha Trigo para contarnos otra escena libre que dió motivo a un escándalo familiar.

Otra vez tornaba a los libros, al tímpano, a la caja de pinturas... el orden en mi armario... los paseos campestres al sol y entre las flores.

«Sin embargo — nos confesará después — mi paz era muy triste. No podía ya ir a la Catedral buscando los consuelos religiosos, porque estaba mi alma de sobra traspasada por la incredulidad y la indignidad, y únicamente aquel estudio a gritos en la azotea me daba un falso alivio.»

Poco después se abre a su curiosidad el amplio escenario de Madrid, en el Colegio de San Carlos, donde estudia la carrera de médico.

ENRIQUE SEGURA



Para siempre (1)

(Poema funeral a la memoria de mi hija PAQUITA, fallecida con 20 años).

*Se doblaron sus alas en la mitad del viento.
Ni las chispas, agudas como espadas,
de sus ojos, terriblemente quietos;
ni su luz, derramada por los aires;
ni el pájaro alegre que anidaba entre sus risas;
ni el dulce grano de su voz, aplastado;
ni sus brazos,
crecidos y crecidos con los míos
a lo largo del miedo como palpos inmensos
para tocar a Dios;
nada.
Sólo el Amor,
el Amor dislocado, como un fuego
mantenido en vilo;
como una yedra en torno al clamor afanoso de la sangre.
Y la pendiente amarga,
y el cerco tenebroso de los ríos en silencio,
y el grito atormentado de los árboles locos,
y el tropel de los monstruos desvelados
mordiéndolo la andadura.
La luz traicionada—ella misma—
se quebraba en redondo*